

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

*Klein con Lacan: un estudio de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay y sus efectos en las prácticas clínicas (1964-1982)*¹

GONZALO GRAU²

INTRODUCCIÓN

Tal como sucedió en otros países de la región, en Uruguay el psicoanálisis se desarrolló, desde su institucionalización en la década de 1950, y hasta la década de 1970, con una orientación kleiniana dominante. Es a partir de la década de 1970 que el psicoanálisis del Río de la Plata se desplaza de este escenario kleiniano a una situación de «pluralismo abierto a múltiples enfoques» (Bernardi, 2010, p. 90). Precisamente, la relevancia de estudiar esta época estaría dada por el hecho de que constituiría un punto de inflexión en la historia del psicoanálisis uruguayo. Entre estos «nuevos enfoques»

- 1 Este texto corresponde a una versión modificada de un apartado perteneciente a la tesis de Maestría «Klein con Lacan: un estudio discursivo de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay (1955-1982)», autoría de (GG) y dirección de tesis de (GM). La tesis, recientemente defendida, puede ser recuperada de www.colibri.udelar.edu.uy (repositorio institucional de la Universidad de la República). Asimismo, esta investigación se enmarca en el trabajo del grupo «Formación de la clínica psicoanalítica en el Uruguay» (FCPU) de la Facultad de Psicología (Udelar), y fue financiada por la *Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII)* en el marco de una beca de posgrado (Código: POS_NAC_2015_1_110134).
- 2 Licenciado en Psicología. Magister en Psicología Clínica. Universidad de la República. gongrau@gmail.com

que comenzaron a desarrollarse en aquel momento, habría tenido un lugar destacado la perspectiva de Jacques Lacan (cf. Bernardi, 2002, p. 266). Es por ello que en este trabajo nos proponemos estudiar algunos efectos de la recepción de las ideas lacanianas en las prácticas clínicas.

Si se explora la bibliografía psicoanalítica publicada en Uruguay durante aquella época —década de 1970 y principios de la década de 1980— se puede constatar un aumento progresivo de referencias y alusiones a Lacan, fenómeno que es concomitante al surgimiento de grupos de estudio sobre sus textos, la visita de algunos de sus discípulos directos, e, igualmente, la fundación en 1982 de la *Escuela Freudiana de Montevideo* (EFM), primera institución específicamente lacaniana en Uruguay. Ahora bien, estos fenómenos, ¿estuvieron acompañados de cambios en la forma de trabajo clínico? Según Bernardi (2007), «podría cuestionarse en qué medida estos cambios en la producción escrita reflejan cambios reales en la forma de trabajo, pues los modelos operativos del analista podrían continuar incambiables aunque se modifiquen sus convicciones teóricas» (p. 179). Este es precisamente el problema que buscamos abordar en este trabajo.

Las perspectivas de Klein y Lacan suponen diferencias teóricas importantes, que conducen a prácticas clínicas divergentes; se trataría de paradigmas verdaderamente *incommensurables* (cf. Allouch, 1993/2006, 1994; Baños Orellana, 1995; Bernardi, 1989; Birman, 2014). Por esta razón, sería esperable encontrar diferencias en las prácticas clínicas *antes y después* de Lacan, especialmente en aquellos analistas que fueron más notoriamente influidos por estas ideas. Uno de los puntos en donde se aprecia más nítidamente la diferencia entre las perspectivas teóricas de Klein y Lacan es en su concepción del *lenguaje*, y esta diferencia desemboca en distintas formas de *leer e interpretar* el material clínico. Así, la forma en que los analistas *leen e interpretan* se convierte en un punto privilegiado al momento de examinar los efectos de las ideas lacanianas en las prácticas clínicas.

Nuestra principal referencia teórica-metodológica se localiza en la tradición de estudios discursivos iniciada en Francia por Michel Pêcheux. Asimismo, hemos introducido puntualmente algunos aportes del *método arqueológico* (Foucault, 2002) y del *análisis psicoanalítico del discurso* (Dunker, Paulon, & Milán-Ramos, 2016), enfoques que mantienen cierta concordancia epistemológica con la propuesta de Pêcheux. Así, hemos

caracterizado *operativamente* al kleinismo y al lacanismo como *formaciones discursivas* (Foucault, 2002; Pêcheux, 2016). Ciertamente el kleinismo y el lacanismo han trascendido las obras de Klein y Lacan, dando lugar a movimientos que han adoptado *objetos, tipos de enunciación, conceptos y elecciones temáticas* específicas. Si bien *kleinismo* y *lacanismo* no son unidades homogéneas, para ambos casos se pueden identificar formas propias de transmisión y legitimación, reglas y rituales específicos, retóricas y estilos diferenciales. Esta es la razón que ha llevado a algunos autores a elevar estas perspectivas teóricas al estatuto de *paradigmas*.

Para llevar adelante este estudio construimos un corpus de datos a partir de diversas fuentes, de las cuales la principal fue la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP), órgano oficial de la *Asociación Psicoanalítica del Uruguay* (APU). Hemos hecho uso de dos tipos de texto: casos clínicos y artículos teórico-doctrinales. Si bien en este trabajo hemos incorporado tan solo algunos pocos materiales discursivos —en beneficio de la claridad—, el lector puede acceder al corpus de datos completo (Grau, 2018). Para realizar el análisis hemos hecho énfasis en la concepción del lenguaje que está en juego en los diferentes materiales discursivos, así como en la lógica que sostiene la lectura-interpretación del material clínico.

Elegimos como recorte cronológico el período que va de 1955 a 1982: en 1955, con la fundación de la APU, comienza a consolidarse la institucionalización del psicoanálisis; y en 1982, con la fundación de la EFM, «culmina» un primer momento de institucionalización del lacanismo.

DOS FORMAS DE LEER

Antes de emprender el análisis, compararemos las formas de lectura-interpretación «kleiniana» y «lacanian» a partir de algunos ejemplos. Véase la siguiente interpretación «kleiniana» de las asociaciones de una paciente, que siguieron a un sueño:

Al proseguir sus asociaciones, resultó evidente que la señorita P. representaba a su analista y a su madre, que la cena representaba el pecho, y que en cuanto fue mencionado el Dr. Y, provocando en la paciente poderosos celos edípicos inconscientes, sintió que había atacado el pecho con sus dientes y

lo había convertido en los pedacitos sangrantes representados por el dulce de cerezas. (Segal, 1981, p. 108)

Este estilo de lectura-interpretación, caracterizado por un profuso empleo de referencias corporales y una considerable determinación en las aseveraciones, parecería haber perdido cierta vigencia. Da la impresión de que se trataría de una retórica antigua y lejana en psicoanálisis, de forma que las «resistencias» que podría generar hoy día se explicarían por un desfase de época. Por ejemplo, para el caso de la retórica de las interpretaciones freudianas, Dunker (2016, p. 40) argumenta que su desgaste es directamente proporcional a la absorción de esa retórica por la cultura. La retórica, al ser dependiente de una estética, sería susceptible de degradarse con el paso del tiempo. Igualmente, no nos ocuparemos tanto del *contenido* de las interpretaciones, sino de la *lógica* que subyace a ellas; esta lógica sí estaría presente en muchas de las interpretaciones clínicas actuales, aunque impregnada de una retórica más sutil y moderada, como muestra por ejemplo un estudio uruguayo publicado en 1997 (Bernardi et al., pp. 8–9). Las interpretaciones durante la década de 1960 serían «directas, incisivas, sin cuidado por disgustar al paciente. El analista es asertivo [...] Pretende llegar a niveles más profundos de ansiedad con un lenguaje referido a partes del cuerpo» (Bernardi et al., p. 97).

Veamos cómo procede la lectura del material clínico en el ejemplo introducido. Se advierte allí una lectura realizada por la *vía del significado*: todos los elementos tendrían un significado propio, y este es presentado como *evidente*. Esta forma de lectura estaría apoyada en la lógica de la representación: «la señorita P. representaba a su analista y a su madre»; «la cena representaba el pecho»; «pedacitos sangrantes representados por el dulce de cerezas». Los elementos que operan como símbolos se sostendrían a sí mismos en tanto tales; valdrían más por sí mismos que por su relación con otros símbolos (GG, 2018).

Más allá de las asociaciones de la paciente —que la analista toma en cuenta para la interpretación—, el «significado inconsciente» de varios de los elementos del material se alcanzaría a través de una *analogía* que parece realizar la propia analista: lo que aquí le podría haber revelado que «la cena representaba el pecho» sería que, entre los elementos en juego

(«cena» y «pecho»), podría evocarse un término común —por ejemplo, el «alimento»—, y a su vez, que la cena la ofrecía la «señorita P», que «representaba a su madre». Algo similar ocurriría con el «dulce de cerezas»; según el relato del sueño, la paciente decía que le parecía haber «mordido pedacitos sangrantes de algo» (Segal, 1981, p. 108), pero es la analista quien, al parecer, asocia esto con «pedacitos del pecho que habría atacado con sus dientes» —los «pedacitos sangrantes de cerezas» tendrían una forma o consistencia «similar» a los «pedacitos sangrantes del pecho»—.

Otra característica de esta forma de lectura sería el énfasis en los «objetos primarios», que funcionarían como referentes últimos («madre», «pecho atacado con sus dientes», «pedacitos sangrantes») y que, en su mayoría, estarían asociados a partes del cuerpo. El énfasis en la función referencial haría que todas las interpretaciones tiendan a conducir, casi siempre, hacia los *mismos* objetos en todos los casos.

Muchas veces, en esta forma de lectura-interpretación, las asociaciones del paciente quedan en un lugar secundario:

Segundo sueño: Comía *porridge* en un lindo tazoncito con pajaritos blancos pintados, pero al comenzar a comerlo sintió repugnancia y miedo porque encontró tres objetos dentro del *porridge* que le cortaron los labios y se le quedaron atragantados. Los tres objetos eran: una crucecita rota, un monedero desgarrado, y una jaula con ganchos.

Asoció los pajaritos del tazón con mi nombre [en inglés hay homofonía con el nombre de la analista]. Con respecto a los tres objetos, después de cierta resistencia asoció la cruz con su propio malhumor [en inglés hay ambigüedad en la palabra “*cross*”, que puede significar “cruz” pero también “estar malhumorado”] y el monedero con la vagina. Yo tuve que sugerirle que la jaula con ganchos representaba la vagina conteniendo el pene.

[...] El tazón de *porridge* representa nuevamente el pecho [...] Siente el coito como muy malo y los pedazos de los genitales de los padres no sólo como dañados (el monedero desgarrado, la cruz rota) sino también vengándose y dañando. (Segal, 1981, p. 109)

Véase que la analista invita a la paciente a asociar, y ésta no asocia tanto por analogía sino por homofonía y ambigüedad, es decir, por *vía del*

significante; por el contrario, la analista interpretaría, fundamentalmente, por *vía de la analogía-significado*: «yo tuve que sugerirle que la jaula con ganchos representaba la vagina conteniendo el pene»; así mismo, el «monedero desgarrado» y la «cruz rota» representaban «los genitales de los padres dañados». La analista no hace énfasis ni se detiene —durante el comentario del sueño— en las asociaciones de su paciente, que relacionan los «pajaritos del tazón» con la analista y la «cruz rota» con «su propio malhumor»; propone otra lectura adicional, que hace equivaler «tazón» con «pecho» y «cruz rota» con «los genitales de los padres dañados».

Compárese ahora este procedimiento con una forma de lectura-interpretación «lacaniana», también de un sueño:

“Voy a lo de mi analista, estoy en un tren, estoy siempre en ese tren y por otra parte, es por eso que he querido dejarlo [...] Llego a la estación d’Angers, de inmediato, con pánico decido no ir, y tomo el tren en sentido inverso, y me despierto y me doy cuenta que es así como dejé al analista d’Angers, y me despierto aliviada”. Yo le repito “El analista peligro, es eso” [en francés hay homofonía entre “d’Angers” (de esa ciudad) y “danger” (peligro)].

No, por supuesto, porque los analistas d’Angers sean más peligrosos que los otros, pero intervenir así se justifica de acuerdo a lo que lo precedió. (Valas, 1995, p. 55)

El analista lee-interpreta por la *vía del significante*, haciendo uso de la homofonía entre «analista d’Angers» (*analista de la ciudad de Angers*) y «analista danger» (*analista peligro*). No hay tanto un miramiento por el significado, sino más bien un apoyo en la materialidad significante.

Habría diversas formas de leer el material por la *vía del significante*: podría ser explotando el *equivoco* —resaltando algún punto de ambigüedad-indeterminación del discurso, o haciendo uso de la homofonía, como en este caso—, pero también a partir de otras formas de vaciamiento o desestabilización del significado: por ejemplo, *aislando* algún elemento de la cadena discursiva a partir de una interrogación, de un corte, de una puntuación, de una acentuación, de la repetición de una frase, etc. En un sentido más amplio, se podría decir que se está leyendo y operando por la *vía del significante* siempre que se realice alguna

maniobra con los elementos discursivos atendiendo a sus relaciones internas-estructurales, co-variantes, y a su materialidad específica, más allá de la referencia a la dimensión del significado. Cualquiera de estas maniobras implicaría una operación sobre el sustrato material del lenguaje, que vacía, suspende o pone en cuestión el significado que, aparentemente, tendría determinado elemento. Pero esta operación no podría dejar de tener en cuenta el contexto discursivo, así como una *orientación* determinada, ya que cualquier palabra o expresión es susceptible de leerse en más de un sentido, de ser conectada homofónicamente con otra, de ser llevada a un punto de ambigüedad. Si se procediera explotando el *equivoco* de cualquier elemento, indiscriminadamente, desatendiendo el contexto del caso, se entraría en un callejón sin salida que haría imposible la lectura.

Hemos colocado los ejemplos anteriores de una forma simple y esquemática, a modo de ilustración; pero debe tenerse en cuenta que, en rigor, no es posible realizar una interpretación genuina, ni leer ningún material clínico, de esta forma —aisladamente del caso en cuestión, de su contexto discursivo, del momento del tratamiento y de la transferencia—.

LA FORMA DE LECTURA DEL MATERIAL CLÍNICO ANTES DE LACAN

En las décadas de 1950, 1960 y 1970 se observan, en los casos clínicos publicados por psicoanalistas en Uruguay, una proliferación de interpretaciones cuya lógica se sostiene en la noción de *símbolo*, tal como esta opera en el kleinismo. Presentamos, a modo de ejemplo, un fragmento extraído de un caso clínico de Gilberto Koolhaas, uno de los fundadores de la APU que al inicio mantuvo, al igual que el resto, una fuerte proximidad con el pensamiento de Klein, pero luego se volcó al estudio sistemático de la obra de Lacan. El caso fue publicado en 1952, años antes de la fundación de la APU:

1. ...siendo la pipa de barro en su estuche con accesorios no solo un símbolo del pene en su prepucio con los testículos, sino también del feto en su membrana con cordón y placenta como accesorios, formado de barro o sea materia fecal. (p. 43)

Estaríamos aquí ante una típica lectura por la *vía del significado*, pues parece suponerse que todos los elementos del material tendrían un sentido propio que debería ser revelado por el analista. Asimismo, estaría funcionando la noción de *símbolo* (cf. Saussure, 2012, p. 145): la «pipa de barro en su estuche con accesorios» simboliza el «pene en su prepucio con los testículos» y también el «feto en su membrana con cordón y placenta como accesorios». La relación entre lo «simbolizado» y su «simbolizante» sería *motivada* (cf. Ducrot & Todorov, 1976, p. 124), puesto que nada obligaría, *a priori*, a establecer tal conexión. Esta *motivación* parecería estar dada por una analogía: «pipa en su estuche con accesorios» tendría forma «semejante» a «pene con los testículos»; de igual modo, el «barro» tendría aspecto «similar» a la «materia fecal».

A pesar de que, *a priori*, no habría necesidad de establecer tales conexiones, para el analista el significado del material se presenta como evidente: «formado de barro o sea materia fecal». El conector explicativo «o sea» parecería mostrar aquí que la conexión entre «simbolizante» y «simbolizado» es leída *como si* fuera necesaria, o al menos, relativamente necesaria; como si hubiera una cierta estabilidad de los símbolos. Esto no implica que se sostenga una correspondencia biunívoca: «no solo un símbolo del pene... sino también del feto»; el «simbolizante» simbolizaría, en este caso, más de una cosa.

A continuación, presentamos secuencias discursivas en las cuales se aprecia la misma forma de lectura (las negritas son nuestras):

2. ...un gran revólver, traduce un **evidente** simbolismo fálico. (Koolhaas, 1956, p. 72)
3. El simbolismo **es evidente**: el descubrimiento de Marlène es de importancia cósmica porque representa un pecho idealizado... (W. Baranger, 1956, p. 42)
4. El significado del sueño **es evidente**... (W. Baranger, 1956a, p. 43)
5. ...la máquina de coser, símbolo **muy claro** del coito... (M. Baranger, 1956, pp. 156–157)
6. “Con un cuchillo grande, le cortaba la cabeza, las manos, todo”. **Claramente** el peligro de castración y de muerte. (M. Baranger, 1956, p. 153)

7. En un principio su actitud traducía **con evidencia** que yo era un objeto peligroso al que había que controlar e inmovilizar... (Freire de Garbarino, 1962, p. 631)
8. [El paciente dice] “El peluquero estaba parado detrás mío y me secaba el pelo con el secador de mano y hacía una fuerza bárbara, yo sentía como que me hacía presión [...]”. **Obviamente**, yo soy el peluquero... (de Urtubey, 1968, p. 57)
9. ...se masturbó introduciendo el pene en una zapatilla y colocando a la otra enfrente. “mirando”. **Me parece claro** que se trata de una fantasía de presencia del pene perseguidor en mi interior y lucha edípica para extraerlo. (de Urtubey, 1972, p. 415)

Según la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española (2010, pp. 593–594), adverbios como *obviamente* o *claramente* deben ser caracterizados como *adverbios evidenciales*, cuya función sería intensificar la fuerza de aquello que se asevera. En los fragmentos que transcribimos se puede constatar la presencia de diversos elementos discursivos con esta «función evidencial»: «un evidente simbolismo», «es evidente», «símbolo muy claro», «es claramente», «con evidencia», «obviamente», «me parece claro». Estos elementos, tal como están insertados en sus respectivas secuencias discursivas, darían cuenta de una supuesta transparencia del *símbolo*, de su estabilidad relativa, de forma similar a como lo hacía el conector explicativo «o sea» en el fragmento (1). En esta forma de lectura, los símbolos estarían rodeados de un halo de «evidencia» y «claridad», aunque no de la misma forma y en el mismo grado en cada uno de estos casos. Se podría representar, a partir de estos elementos discursivos, un gradiente que iría de mayor a menor transparencia-evidencia. Por ejemplo, «me parece claro» representaría un menor grado de transparencia que los otros casos, en la medida en que se introduce la primera persona del singular («me») y se presenta al modo de una opinión personal («me parece»), atenuando el grado de «evidencialidad» que aparece aseverada en los otros casos de forma más decidida: «es evidente», «es claramente». Estas dos últimas construcciones dejan poco espacio para una posible objeción del lector, en la medida que se lo empuja a un proceso de *identificación*: «si yo estuviera allí donde vos/él/x te encontrás/se encuentra, vería y pensaría

lo que vos/él/x ves/ve y pensás/piensa» (Pêcheux, 2016, p. 119). El gradiente que iría de «me parece claro» a «es claramente» puede ser comprendido en el marco del *mito continuista empírico-subjetivista* al que refiere Pêcheux (2016, p. 118), que iría de la «situación de origen» («yo, aquí y ahora, pienso/veo x») a la «propiedad universal» («todo sujeto, pensaría/vería x, siempre y en todas partes»).

En todos estos materiales discursivos se presupone una relación de *implicación* —el elemento «x» *implica* el significado «z»— y se apela a una *complicidad* con el lector; este último compartiría el supuesto implícito que permitiría conectar el «simbolizante» con lo «simbolizado», ya que, como hemos dicho antes, nada obligaría en principio a realizar tal conexión. Precisamente aquello que podría explicar la asociación entre los elementos, el «pensamiento» a partir del cual esta asociación se establece, no aparece explicitado en el texto; se da por sobreentendido. Pêcheux (2016) ha descrito, para ciertas formas enunciativas, esta necesidad de *complicidad* del lectoroyente: «vemos, así, aparecer una suerte de *complicidad* entre el locutor y aquel a quien se dirige, como condición de existencia de un *sentido* de la frase» (p. 108).³ Esta *complicidad* sería un efecto de lo que Pêcheux denomina *proceso de sostén*, puesto que el «pensamiento» que establece la conexión entre los elementos en juego permanece tácito; se da por sobreentendido, y de esta forma queda endosado al lector. Lo que no está dicho directamente, y que por otra parte sería aquello que sostiene esas afirmaciones, a la manera de un *discurso transverso* —lo que conecta «simbolizante» y «simbolizado»—, es la propia ilación analógica; por ejemplo: «la máquina de coser sería un símbolo muy claro del coito porque evoca el movimiento de la relación sexual, la penetración, etc.». Este «pensamiento» es el que no queda dicho explícitamente, y entonces, se presenta bajo las formas de: «todos saben que...», «es claro que...», etc., tal como ejemplifica Pêcheux (2016, p. 147).

El gesto que busca la complicidad del lector denuncia un espacio de potencial incertidumbre. En otros términos, cuanto mayor es la necesidad de apelar a la complicidad del lector, de acudir al lugar del *sobreentendido*

3 «Esta complicidad supone de hecho una *identificación del locutor*, es decir, la posibilidad de pensar lo que él piensa desde su lugar» (Pêcheux, 2016, p. 108).

—por ejemplo: «tal vez no estoy siendo claro, pero usted comprende»—, enfatizando la «claridad» y la «evidencia», mayor parecería ser la «amenaza» de una potencial desestabilización del sentido.⁴

La mayoría de las veces, aquello que aparece como lo «simbolizado» se ubica en el registro de lo corporal, de forma más directa y explícita en algunos casos («feto en su membrana con cordón y placenta», «materia fecal», «pene en su prepucio con los testículos»), de forma más engastada en un lenguaje teórico en otros («pene perseguidor», «pecho idealizado», «peligro de castración»). Parece seguirse la idea de la unidireccionalidad del simbolismo: *de lo concreto a lo abstracto*; la «máquina de coser» puede simbolizar el «coito», pero el «coito» nunca podría simbolizar la «máquina de coser».

Habría otros dos elementos característicos de las interpretaciones kleinianas, al menos tal como se practicaban en el Río de la Plata.⁵ Por un lado, la *interpretación de la transferencia*, que implicaría un acento en lo que se despliega en el momento presente de la sesión («aquí, ahora, conmigo»); esto llevaría a un menor uso de interpretaciones «historizantes» y a privilegiar las interpretaciones que apuntan a la relación con el analista. Por otro lado, la *contratransferencia* es habitualmente usada como «brújula» en la interpretación.

LA FORMA DE LECTURA DEL MATERIAL CLÍNICO *DESPUÉS* DE LACAN

En el psicoanálisis uruguayo, Lacan comienza a ser referenciado en publicaciones oficiales en la década de 1960. Algunos analistas habrían sido más notoriamente influidos por las ideas lacanianas que otros. Por esta razón, hemos analizado la forma de lectura del material clínico *después* de la recepción de Lacan, tomando fragmentos clínicos publicados por estos analistas.

Comenzaremos analizando un fragmento que pertenece a un caso clínico de un grupo terapéutico:

4 Lacan (2011) recomendaba, casi como un principio de método, lo siguiente: «cuídense de la gente que les dice: *Usted comprende*. Siempre lo hacen para que uno vaya a donde no había que ir. Es lo que ella hace [una paciente]: *Usted comprende bien*, quiere decir que ella misma no está muy segura de la significación» (p. 85).

5 La interpretación transferencial *exclusiva* habría sido una característica de la «escuela argentina», y no tanto de la «escuela inglesa» (cf. Acevedo de Mendilaharsu, 1984, p. 25).

10. Cortinas y libros son mencionados con particular insistencia. [...] Tanto el libro como la ventana pueden permanecer cerrados o ser abiertos. La ventana cerrada, que puede reflejar la imagen, representa al grupo en relación imaginaria; al abrir la ventana se pierde la imagen especular dando lugar a sentimientos de desvanecimiento de la identidad. El libro abierto representaría el acceso a la cultura, al lenguaje. Hay una vinculación entre disponer del cuerpo en el caminar y disponer del habla. El empezar a caminar indica separación, ruptura de la relación inmediata, sin distancia; al hablar la relación con los demás está mediatizada por el lenguaje. Ponerse de pie y caminar en la sesión es mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales. (Sopena, 1972, p. 479)

En este material discursivo aparecen expresiones lacanianas («relación imaginaria», «imagen especular»), así como un énfasis en el «lenguaje». Asimismo, habría una atención en la insistencia significativa: «cortinas y libros son mencionados con particular insistencia».⁶ Sin embargo, más allá de la presencia de expresiones y términos lacanianos, la lógica de lectura del material parecería ser kleiniana, tal como funcionaba en los ejemplos que analizamos antes. Predomina la lectura por *vía del significado*: todo allí tendría un significado, y el analista lo alcanzaría de forma directa, como si este fuera evidente: «la ventana [...] representa al grupo en relación imaginaria», «el libro abierto representaría el acceso a la cultura, al lenguaje», «empezar a caminar indica separación», «ponerse de pie y caminar [...] es mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales». Asimismo, el significado sería alcanzado por analogía: la «ventana cerrada» podría representar la «relación imaginaria» porque reflejaría la imagen; el «libro» podría representar el «lenguaje» porque está escrito, y también podría representar el «acceso a la cultura», puesto que comúnmente se asocia con ella; «empezar a caminar» podría indicar «separación» debido a que habría un alejamiento espacial de los demás; «ponerse de

6 Cabe agregar que el caso clínico del cual fue extraído este material discursivo contiene varias referencias explícitas a Lacan.

pie» se podría asociar a «mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales» porque cuando se está de pie el cuerpo quedaría expuesto a la mirada de los otros. Todas estas ilaciones analógicas serían, de cierta forma, endosadas al lector; no quedan explicitadas en el texto, se dan por sobreentendidas.

La diferencia con las interpretaciones kleinianas *antes* de Lacan sería que, aquí, las referencias corporales parecerían haber sido desplazadas. Cambiaría el *contenido* de la interpretación —quedaría «lacanizado», por así decir— pero no tanto su lógica subyacente. Continuaría la saturación de sentido y lo que, desde el punto de vista lacaniano, podría considerarse una suerte de «sobreinterpretación»: todos los elementos del material *pueden y deben ser interpretados*, porque todo tiene algún significado «oculto» a revelar por el analista.⁷ Estaríamos ante una lectura por *vía del significado*, el cual es alcanzado rápidamente, y por lo general, por analogías y asociaciones propias del analista:

11. Al ser desflorada Cristina deja de ser una virgen entera e intacta; su cuerpo no es un falo. La desfloración es un efecto de diferenciación sexual, de encuentro con el otro sexo que rompe la imagen del espejo. [...] G. Koolhaas me ha indicado que con la desfloración de Cristina acontece la ruptura de la captación imaginaria, siendo la virgen una manifestación de Narciso. [...] El significado de la desfloración como cambio del registro imaginario en orden simbólico se expresa en la rotura del misal como álbum (de álbum: blanco, libro en blanco) que, como el espejo, sirve de matriz para la colección de estampitas amorosas, espejismos de Narciso. Luego es reconocido como libro que trasmite en la sucesión de sus hojas la Sagrada Escritura, la Ley del Padre. (Sopena, 1972, pp. 481–482)

Las diferencias más notorias en la forma de lectura-interpretación, y que los analistas de esta época más procuraban remarcar, estarían dadas por una

7 Recuérdese que las formaciones discursivas determinan lo que puede y debe ser dicho (Foucault, 2002, p. 63; Pêcheux, 2016, p. 142).

disminución de las «interpretaciones transferenciales», y, por otra parte, por un menor uso de la contratransferencia como brújula para la intervención (cf. W. Baranger, 1984, p. 18; Mieres de Pizzolanti, 1976, pp. 354–359). Hay materiales discursivos que muestran cómo, a partir del contacto con el pensamiento lacaniano, comienza a cuestionarse esta forma usual de intervenir. Véanse los siguientes fragmentos, extraídos de una de las discusiones clínicas producidas en el seminario que Leclaire dio en la APU en 1972:

12. Entonces, lo que traté de buscar fueron los elementos de conexión edípica conmigo para ver cómo me podía introducir en las otras escenas, que no sé cómo. [...] Y como el hermano mayor y yo nos encontramos en la fantasía, yo trato de actualizarlo en la sesión.

Mi duda es si esto no habría que denominarlo más, es decir, no trabajarlo tanto en una cosa aquí y ahora conmigo, sino que bueno, su hermano, su madre, su padre, un poco en la designación de todos. Fuera de la transferencia. (Analista presentando un caso en APU, 1972/2012, p. 105)

13. ... eso a mí no me conforma, porque me parece que se me escapan muchas cosas. Entonces me parece que tomar ese camino es seguir un camino ciego. Por eso me planteaba si para ponerse en otro lugar, podría no tocar la situación transferencial explícita y entrar por el lado de su relación familiar, nombrando a cada elemento familiar. (Analista presentando un caso en APU, 1972/2012, p. 107)

Presentaremos ahora material discursivo extraído de un texto de Gilberto Koolhaas, que representaría un caso paradigmático de transición «Klein-Lacan» en Uruguay. Hasta el año 1972, no hay ninguna referencia a Lacan en las publicaciones de Koolhaas. Por lo tanto, podríamos dividir, de forma aproximativa y meramente descriptiva, la obra de Koolhaas en una «etapa kleiniana» (1952-1966) y una «etapa lacaniana» (1972-1994).⁸

8 No seríamos los primeros en establecer esta división de la obra de Koolhaas. Consúltese, por ejemplo, el texto de Acevedo de Mendilaharsu (1994). Elegimos 1952 por ser el año de publicación del primer trabajo psicoanalítico de Koolhaas, y en el que ya se aprecia la influencia kleiniana; 1966 por ser el año en que publicó su último trabajo netamente kleiniano; y 1972 por ser el año en el que publicó su primer trabajo sobre Lacan.

Entre ellas, hay un «vacío», un «intervalo» de varios años en el que no hay publicaciones; este «intervalo» finaliza en 1972 con la publicación del artículo «¿Quién es el Otro?», en el cual Koolhaas «documenta, testimonial y fehacientemente, su viraje hacia Lacan» (Capo, 2010, p. 120).

Sin embargo, los materiales discursivos que analizaremos son muy posteriores; corresponden a un fragmento clínico perteneciente a un trabajo publicado en el año 1980. Se trata de un trabajo presentado en Buenos Aires en 1979, en unas jornadas organizadas por la institución lacaniana *Mayéutica*. Elegimos intencionalmente una publicación tardía, que no pertenecería a un momento incipiente de lectura de Lacan. De esta forma, suponemos que Koolhaas ya estaría suficientemente «familiarizado» e «identificado» con las ideas lacanianas como para que se hagan manifiestas las diferencias en su forma de lectura-interpretación del material clínico. Veamos lo que encontramos en el texto referido; el autor viene hablando sobre el «rébus» y la «letra», e introduce, a modo de ilustración, un ejemplo clínico:

14. Una paciente de 40 años, que nunca había tenido relaciones sexuales, relata al principio de su análisis que entra en un cine llamado *Rex*. Asocia que hacía un tiempo que había visto en ese mismo cine el “Decamerón” de Pasolini mostrando un desnudo masculino y una documental sobre los paracaidistas de la *R.A.F.* [Royal Air Force]. Raf es el sobrenombre de su hermano Rafael. Al pasar éste, en el verano anterior, desnudo por el corredor hacia el baño, ella tuvo un momento de ceguera. El *rébus* consiste en el desplazamiento metonímico. *Rex* - *Royal Air Force* que permite la transposición metafórica hacia Raf, su primera infancia, la diferencia de sexo. En una época de su infancia se imaginaba ser *Superman* y volar del colegio a casa. Los paracaidistas simbolizan el falo. (Koolhaas, 1980, p. 86)

Se puede observar, en un primer momento, como Koolhaas realiza una lectura por la *vía del significante*, apoyándose en los desarrollos lacanianos sobre la metáfora y la metonimia como mecanismos del inconsciente, y utilizando la función de la homofonía —«R.A.F.» y «Raf» tienen una relación homofónica—: «el *rébus* consiste en el desplazamiento metonímico.

Rex - Royal Air Force [R.A.F.] que permite la transposición metafórica hacia Raf, su primera infancia, la diferencia de sexo».

Sin embargo, a continuación, Koolhaas afirma que «los paracaidistas simbolizan el falo». La lectura del analista ya no procedería aquí por *vía del significante*, sino por una operación de *traducción*, de la misma forma que sucedía en los casos que hemos venido analizando hasta ahora. Más adelante, sobre el mismo caso, Koolhaas (1980) escribe:

15. Ella dice “es como un *temor subterráneo* que me invade”. Al preguntarle qué asocia con subterráneo recuerda el *subway* de Londres (donde vivió durante varios años), la sensación de promiscuidad por el apretujamiento de la gente. Esto le producía una excitación sexual. [...] Inesperadamente recordó que de niña acompañaba a su padre en paseos por el campo, donde él le hablaba del *trébol subterráneo*, término que nunca entendió. (Se trata de una clasificación en agronomía de una especie de trébol diferente del trébol blanco y otras clases de tréboles). Expresa que ella buscaba un trébol de cuatro hojas lo cual simboliza el objeto perdido que da la completitud. (pp. 86-87)

El autor pone nuevamente de relieve en su lectura la ambigüedad del significante, mostrando cómo en las asociaciones de la paciente «subterráneo» adquiere varios sentidos: «temor subterráneo» (asociado con un evento actual) y «trébol subterráneo» (asociado a un recuerdo infantil con el padre). Sin embargo, a continuación realiza otro viraje en su modo de lectura: «expresa que ella buscaba un trébol de cuatro hojas lo cual simboliza el objeto perdido que da la completitud». Otra vez se observa al analista oscilar entre una lectura por la *vía del significante* (homofonía, ambigüedad) y una lectura por la *vía del significado*, apoyada en la lógica de la representación: «X simboliza/representa/significa Y».

En este fragmento clínico coexisten y oscilan, sin aparente contradicción, ambos modos de lectura, que responden a *lógicas teóricas disímiles y a concepciones del lenguaje incompatibles*. Aunque el contenido de la interpretación puede ser *en apariencia* lacaniano («falo», «objeto perdido que da la completitud»), la lógica en la cual se apoya sería kleiniana. Esto se vuelve más significativo si se tiene en cuenta que no se trata de un texto

publicado a finales de 1960, o a principios de 1970, cuando la lectura lacaniana era aún incipiente. Se trataría de un Koolhaas ya «imbuido» de la lectura de Lacan, que ya ha tenido intercambios con el *Grupo Freudiano de Trabajo* —futuros fundadores de la EFM— y con la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*; un Koolhaas que expone su trabajo en unas jornadas organizadas por una institución lacaniana.

En todos los fragmentos clínicos que hemos analizado se percibe una constancia y regularidad enunciativa, que es independiente del contenido, de las unidades léxicas y de la identificación teórica del autor. Habría cierta lógica en la forma de lectura del material clínico que, de alguna manera, atraviesa todos estos materiales discursivos. Recuérdese aquí la propuesta metodológica de Foucault (2002): «[un análisis arqueológico] puede descuidar diferencias de vocabulario y pasar por alto campos semánticos u organizaciones deductivas diferentes, si es capaz de reconocer acá y allá, y a pesar de esta heterogeneidad, cierta regularidad enunciativa» (p. 190). Asimismo, se puede constatar en los fragmentos comentados —*después* de la recepción de Lacan— un fenómeno de *división del sujeto*: no habría coincidencia entre lo que el analista *dice* y *lo que quiere o cree decir*; o más precisamente, entre lo que el analista *dice o cree que hace* y *lo que efectivamente hace*; dice usar los elementos de la teoría lacaniana, las nociones de «letra» y «significante», la lectura por la vía del «rébus», pero hace uso, *sin saberlo*, de la noción de *símbolo* y de la lectura kleiniana por *vía del significado*. Esta distancia, esta *no-coincidencia* del sujeto consigo mismo, sería, de cierta forma, homóloga a la distancia entre enunciado y enunciación.

Un fenómeno similar de división discursiva ha sido analizado por Althusser (1985, pp. 130–131) en relación al reconocido biólogo Jacques Monod; cuando este último hacía ciencia, era estrictamente *materialista*, pero en ciertos momentos, cuando el científico entraba en el terreno de la reflexión filosófica, ese mismo *materialismo* invertía su sentido y se transformaba en *idealismo*. Lo singular de este fenómeno sería que esta *inversión*, esta *división discursiva*, pasa inadvertida para el propio sujeto. En otros términos, Monod era *idealista* a pesar suyo, y sin que él tuviera la menor noticia de ello. Asimismo, el análisis de Althusser (1985) muestra que los mismos conceptos pueden tener sentidos opuestos en función de su contexto: «se trata de una inversión de tendencia que afecta a un mis-

mo contenido (a los mismos conceptos)» (p.133). En relación a nuestro caso, diríamos que no basta con hacer uso de un «concepto» o de una terminología lacaniana para operar en un *sentido* (orientación) lacaniano. Koolhaas sería, tal como Monod, un *representante contradictorio de tendencias que lo sobrepasan* (cf. Althusser, 1985, p. 141).

CONSIDERACIONES FINALES

Los diferentes materiales discursivos analizados muestran que un analista puede estar identificado explícitamente con determinada teoría, e incluso hacer uso de todo su aparato léxico, y sin embargo operar clínicamente desde *otra teoría*. Este fenómeno no sería exclusivo de los procesos de recepción; también podría ocurrir en la actualidad: terapeutas y analistas que trabajan clínicamente, e incluso que producen teóricamente, desde una teoría diferente de la cual se identifican explícitamente. Nuestros hallazgos podrían ser tomados como una prueba de que *se puede desconocer la teoría desde la cual se opera*, como un nuevo indicio de que *el pensamiento teórico es fundamentalmente inconsciente* (Pêcheux, 2014, p. 280); usando términos del propio Lacan: *el pensamiento teórico es un saber no sabido*. Bernardi (2002, 2007, 2010) se ha encontrado con cierto aspecto de este fenómeno en sus investigaciones, y lo explica a través de la noción de *teoría implícita* de Sandler (1983). Sin embargo, mientras que las *teorías implícitas* —tal como las maneja Sandler— serían personales, propias de cada analista, los fenómenos descritos en nuestra tesis no se pueden ubicar en una perspectiva individual, puesto que su naturaleza es discursiva y por lo tanto transindividual.

Los fenómenos hallados en esta investigación ponen de relieve un problema epistemológico fundamental en psicoanálisis: la relación entre la *teoría* y la *práctica clínica*. Empezaremos planteando el problema desde una crítica al empirismo, subrayando el valor determinante de la *teoría*, para luego procurar rescatar, desde una perspectiva más amplia, la dimensión de la *práctica*.

Muchas veces se sostiene en el psicoanálisis la idea de que el saber y la teoría se construyen a partir de la *experiencia clínica*. En esta perspectiva, la experiencia queda reducida, en ocasiones, a una mera *experiencia*

sensible. Por ejemplo, se suele decir que Freud «descubrió el inconsciente *escuchando* a sus pacientes histéricas». Si esto fuera así, si la teorización freudiana viniera fundamentalmente de la experiencia clínica, de la escucha directa de sus pacientes, ¿por qué ningún médico antes de Freud se encontró con «el inconsciente»? Hacía muchísimo tiempo que los médicos venían escuchando pacientes histéricas, tenían una vastísima experiencia clínica, y ninguno de ellos alcanzó a percibir —y menos aun teorizar— los principales fenómenos y mecanismos inconscientes que describió Freud. Sin alimentar el «mito del genio», tal vez esto se explica si se considera que Freud no escuchó igual que el resto de los médicos, sino que escuchó *articulando otras referencias o matrices teóricas, otras prácticas discursivas*. Lacan (1971) sostenía esta posición epistemológica:

...lo que yo he enseñado tiene de todos modos este efecto: que permite escuchar de una manera completamente diferente lo que dice el paciente. [...] Es muy impactante para quienes siguen mi enseñanza, cuántas veces ocurre que los que siguen pacientes [...] o los tienen en análisis, me aportan el testimonio de que lo que yo acabo de decir en mi último seminario, eso les ha sido dicho pero textualmente, como por milagro, por un enfermo cuarenta y ocho horas antes. Es probable que si no hubiera habido mi seminario, ellos no habrían literalmente escuchado lo que el paciente decía. En eso estamos todos, hay una manera de escuchar que hace que no escuchemos nunca más que lo que ya estamos habituados a escuchar. Cuando algo diferente se dice, la regla del juego de la palabra hace que simplemente lo censuremos. [...] [Lo] que no hemos ya aprendido a escuchar, no lo escuchamos. (pp. 10–11)

En una primera aproximación, podríamos decir que la clínica se produce en función de la teoría —o de la práctica discursiva— que está en juego, no sería independiente de ésta. El axioma: «la experiencia clínica produce la teoría» refleja, muchas veces, una posición empirista; la experiencia parecería quedar reducida allí a una *experiencia sensible*, a una vivencia o intuición, a una captación directa e inmediata del «fenómeno». Aunque esta posición empirista suele quedar encubierta en el argumento de los psicoanalistas.

Varias corrientes epistemológicas del siglo XX han criticado el empirismo y el inductivismo en ciencia (Bachelard, 1991, p. 22; Feyerabend, 2007, p. 155; Koyré, 2007, p. 194; Kuhn, /2013, p. 110; Popper, 2008, p. 49). Contrariamente a lo que diría el *sentido común*, el saber no provendría —al menos no de forma directa— de la observación, de la experimentación, de la vivencia; la teoría, aunque sea implícita, aunque el científico o el analista la desconozcan, *determinaría su campo de experiencia*, y, en última instancia, los *hechos* que allí se producen. Por consiguiente, un análisis de las teorías que operan más allá del conocimiento del analista se vuelve imprescindible.

Ahora bien, a este argumento podría hacersele una objeción: si la teoría determina enteramente los hechos empíricos, no queda ya ninguna posibilidad creativa, ninguna forma de encontrar hechos nuevos. Los casos clínicos funcionarían legitimando, de forma circular y espuria, la teoría desde la cual se leen. Pero esto sería así, únicamente si se considera que las teorías son sistemas completos, libres de inconsistencias y contradicciones internas. Sin embargo, todo parece indicar que no es así, que cualquier teoría es intrínsecamente incompleta, con *impasses* que le son constitutivos. Serían los propios límites internos de la teoría, sus propios fracasos, los que habilitarían la invención, la novedad, o como algunos preferirían llamarlo: el *acontecimiento*. Como afirma Kuhn (2013, p. 190), *las novedades y las anomalías solo se producen sobre un fondo de expectativas*. La lógica del caso como *excepción*, como aquello que no hace serie, que no «encaja» en la teoría, solo puede funcionar sobre un fondo teórico: únicamente puede haber un caso que no «encaje» en la teoría si, *previamente, hay una teoría*.

Según lo que venimos argumentando, parecería que *teoría y práctica clínica* no hacen más que *uno*, y por lo tanto sería innecesaria y hasta infeliz la existencia de diferentes palabras para decir lo mismo. Pero también hemos argumentado que existiría una división intrínseca entre *lo que se quiere decir y lo que se dice*, entre *lo que se quiere hacer y lo que se hace*, homóloga a la división entre enunciado y enunciación. Esta división se constata fácilmente en los casos que hemos analizado: analistas que dicen operar con nociones lacanianas, leen e interpretan el material kleinianamente. Pero esto podría inducir a una creencia errónea, que sería suponer que estos analistas estaban simplemente «equivocados», que tenían una

posición teórica «ingenua», y que actualmente sí habría analistas que lograrían hacer coincidir su identificación teórica explícita con su práctica clínica. El error estaría en suponer que se podría, potencialmente, hacer coincidir, punto por punto, *lo que se cree que se hace con lo que efectivamente se hace*.

La distancia entre *lo que se quiere decir y lo que se dice*, entre *lo que se quiere hacer y lo que se hace*, es constitutiva del lenguaje; por esta razón podemos suponer que siempre habrá un lugar por el cual se infiltrarán, en ciertos momentos y a pesar de la voluntad del analista, elementos de otras teorías, de otras concepciones, de otros discursos, que tendrán efectos en su práctica. Nada garantiza que la propia teoría no pueda ser afectada por otras teorías, de la misma forma que una formación discursiva está afectada, determinada, parasitada, por otras formaciones discursivas. Lo que resultaría de ello es una *no-homogeneidad* de la teoría y una *no-coincidencia* constitutiva entre teoría *explícita* y práctica clínica, al modo de la no-coincidencia entre enunciado y enunciación:

Sin duda alguna hay una gran distancia entre lo que efectivamente hacemos en esa especie de antro donde un enfermo nos habla y donde, de vez en cuando, le hablamos, y la elaboración teórica que de ello hacemos. Incluso en Freud, en quien la separación es infinitamente más reducida, tenemos la impresión que se mantiene una distancia. (Lacan, 1981, p. 30)

Esta *no-coincidencia* no supone que exista práctica sin teoría —es decir, una práctica *ateórica* o *preteórica*— sino que la práctica y la teoría —en su nivel *explícito*— no hacen *uno*. No todo lo que resulta de la práctica coincide plenamente con la teoría que el practicante pregona, de la misma forma que no todo lo que se hace coincide plenamente con lo que se piensa que se hace, ni todo lo que se dice con lo que se quiere decir:

Si hay que distinguir los actos y comportamientos del sujeto de lo que viene a decirnos en la sesión, diría que nuestros comportamientos concretos en la sesión analítica están igualmente distanciados de la elaboración teórica que de ellos hacemos.

Sin embargo, no es ésta sino una primera verdad, que sólo adquiere su alcance si se la invierte, y quiere decir, al mismo tiempo: tan próximos. [...] Nuestra concepción teórica de nuestra técnica, aunque no coincida exactamente con lo que hacemos, no por ello deja de estructurar, de motivar, la más trivial de nuestras intervenciones sobre los denominados pacientes. (Lacan, 1981, p. 34)

En este sentido, habría que mantener en funcionamiento dos enunciados en apariencia contradictorios: 1) *hay una distancia estructural entre teoría explícita y práctica clínica*; 2) *no hay práctica clínica sin teoría; la teoría determina la práctica clínica*. En otros términos: la determinación que la teoría ejercería sobre la práctica no sería directa, transparente, lineal. Esto, lejos de desvalorizar el lugar de la teoría, de conducir al empirismo o al eclecticismo, obligaría a los practicantes a un esfuerzo constante por *estar advertidos de la teoría con la cual operan en su práctica*, para hacer las correcciones pertinentes cuando surjan impasses, contradicciones, contrasentidos, etc., aunque no se alcance nunca un punto de coincidencia absoluta. Tal vez, de lo que se trataría es de soportar la propia tensión de esta aparente antinomia. ♦

RESUMEN

En Uruguay, las ideas lacanianas arriban en la década de 1960, en un contexto de hegemonía kleiniana. Este trabajo aborda, a partir de un enfoque discursivo, la recepción inicial de estas ideas y sus efectos en las prácticas clínicas.

Se construyó un corpus de datos discursivos a partir de casos clínicos y artículos teórico-doctrinales de la época (décadas de 1960 y 1970), la mayoría de ellos publicados en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. A partir de estos materiales discursivos, se analizó la forma de interpretación *antes* y *después* de la recepción de Lacan.

Los hallazgos de esta investigación iluminan algunos problemas epistemológicos del psicoanálisis, en especial la relación entre teoría y práctica clínica.

Descriptores: HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / INVESTIGACIÓN / TEORÍA KLEINIANA /
TEORÍA LACANIANA / INTERPRETACIÓN

ABSTRACT

In Uruguay, the Lacanian ideas arrive in the 1960s, in a context of Kleinian predominance. This study researched, adopting a discursive approach, the initial reception of these ideas and its effects on clinical practices.

We gathered a corpus of discursive data from clinical cases and theoretical-doctrinal articles (from the 1960s and 1970s). In order to examine the effects of Lacanian ideas, we analyzed the way of interpreting the clinical material —*before* and *after* Lacan reception—.

The results of this research illuminate some epistemological problems of psychoanalysis, especially the relationship between theory and clinical practice.

Keywords: HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / RESEARCH / KLEINIAN THEORY / LACANIAN THEORY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo de Mendilaharsu, S. (1984). Comentarios de Selika Acevedo de Mendilaharsu. *Temas de Psicoanálisis*, 4, pp. 23–26.
- Acevedo de Mendilaharsu, S. (1994). La obra de Gilberto Koolhaas. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 79-80, pp. 15–17.
- Allouch, J. (1994). El punto de vista lacaniano en psicoanálisis. *Litoral*, 16, pp. 81–101.
- Allouch, J. (2006). *Freud, y después Lacan*. México, D.F.: Epeele.
- Althusser, L. (1985). *Curso de filosofía para científicos*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Bachelard, G. (1991). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Baños Orellana, J. (1995). *El idioma de los lacanianos*. Buenos Aires: Atuel.
- Baranger, M. (1956). Fantasía de enfermedad y desarrollo del insight en el análisis de un niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(2), pp. 143–182.
- Baranger, W. (1956). Asimilación y encapsulamiento: estudio de los objetos idealizados. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(1), pp. 26–63.
- Baranger, W. (1984). Conferencia de Willi Baranger “No olvidar a Melanie Klein” (1976). *Temas de Psicoanálisis*, 4, pp. 15–22.
- Bernardi, R. (1989). The Role of Paradigmatic Determinants in Psychoanalytic Understanding. *The International Journal of Psychoanalysis*, 70, pp. 341–357.
- Bernardi, R. (2002). Por qué Klein y por qué no Klein. Reflexiones sobre el desarrollo de las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata. *Revista de Psicoanálisis*, 59, pp. 263–273.
- Bernardi, R. (2007). *Fenómenos de cambios en las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata durante las décadas de 1960 y 1970*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Bernardi, R. (2010). Nota sobre la obra de G. Koolhaas. A propósito de la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, pp. 87–102.
- Bernardi, R., Altmann, M., Cavagnaro, S., De León, B., De Barbieri, A. M., Garbarino, A., Tellería, E. (1997). Cambios de la interpretación entre 1960 y 1990 en el psicoanálisis uruguayo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 84-85, pp. 89–102.
- Birman, J. (2014). Os paradigmas em psicanálise. In J. Birman, D. Kupermann, E. Leal Cunha, & L. Fulgencio (Eds.), *A fabricação do humano. Psicanálise, Subjetivação e Cultura* (pp. 17–42). São Paulo: Zagodoni Editora.
- Capo, J. C. (2010). A propósito del trabajo de Ricardo Bernardi sobre Gilberto Koolhaas, (y la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata). *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, pp. 106–124.
- De Urtubey, L. (1968). Hermetismo y apertura en el análisis de un perverso. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 10(1-2), pp. 47–98.
- De Urtubey, L. (1972). El fetichismo como “solución” al edipo temprano. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 13(4), pp. 385–432.
- Ducrot, O., & Todorov, T. (1976). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Dunker, C. (2016). *Por que Lacan?* São Paulo: Zagodoni Editora.
- Dunker, C., Paulon, C., & Milán-Ramos, J. G. (2016). *Análise Psicanalítica de Discurso. Perspectivas Lacanianas*. São Paulo: Estação das Letras e Cores.
- Feyerabend, P. (2007). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.

- Freire de Garbarino, M. (1962). Estudio de la evolución del vínculo objetal entre pérdida paranoide y pérdida depresiva en el análisis de una niña fóbica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(4), pp. 621–646.
- Grau Pérez, G. (2018). *Klein con Lacan: un estudio discursivo de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay (1955-1982)*. Universidad de la República.
- Koolhaas, G. (1952). Psicoanálisis de una perturbación visual. *Revista de Psiquiatría Del Uruguay*, 100, pp. 37–47.
- Koolhaas, G. (1956). Priapismo. Sobre la fantasía inconsciente de la erección. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(1), pp. 64–114.
- Koolhaas, G. (1980). Cuerpo sexuado y Aparato de lenguaje. In *Memoración de Sigmund Freud. Jornadas organizadas por Mayéutica - Institución Psicoanalítica* (pp. 85–92). Buenos Aires: Trieb.
- Koyré, A. (2007). Galileo y la revolución científica del siglo XVII. In *Estudios de historia del pensamiento científico* (pp. 180–195). México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Kuhn, T. (2013). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1971). Discurso de Tokio (Intervención de Jacques Lacan en Tokio, el 21 de abril de 1971). Documento para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los Escritos Técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2011). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Mieres de Pizzolanti, G. (1976). Del silencio y la opresión al deseo y la palabra. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 14(3), pp. 353–370.
- Pêcheux, M. (2014). *Só há causa daquilo que falha ou o inverno político francês: início de uma retificação*. In *Semântica e discurso. Uma crítica à afirmação do óbvio* (pp. 269–281). Campinas: Editora da Unicamp.
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semântica, filosofia*. Buenos Aires: Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Popper, K. (2008). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Real Academia Española, & Asociación de Academias de la Lengua Española. (2010). *Nueva gramática de la lengua española. Manual*. Barcelona: Espasa Libros.
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *The International Journal of Psychoanalysis*, 64(1), pp. 35–45.
- Saussure, F. (2012). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Segal, H. (1981). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Sopena, C. (1972). La abertura en un grupo terapéutico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 13(4), pp. 475–483.
- Valas, P. (1995). El efecto de la interpretación. In J. A. Miller (Ed.), *IRMA. El cálculo de la interpretación* (pp. 51–59). Buenos Aires: Atuel.